Panorama del movimiento de mujeres

Entrevista a Alicia Martínez

Marina Saravia / Verónica Valenzuela

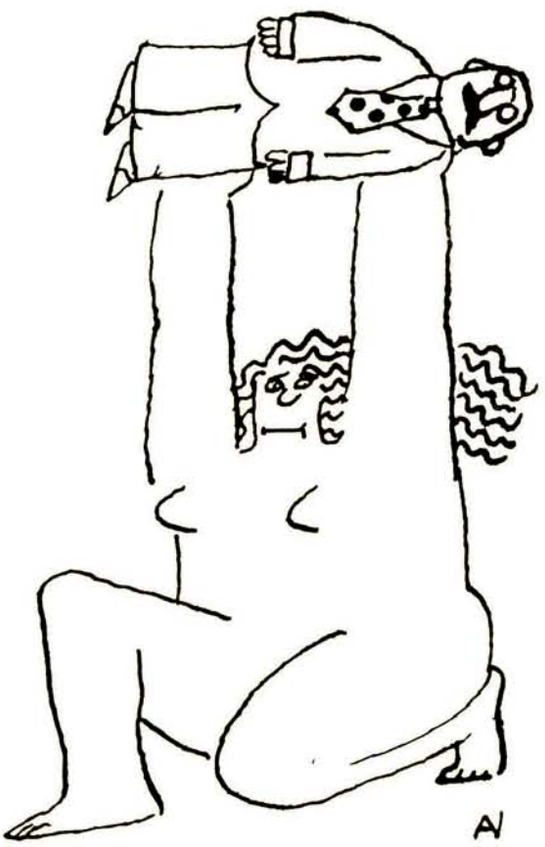
Alicia Martínez, socióloga e investigadora de la cuestión femenina, estuvo en Colima. Vino a la presentación del primer número de ***GénEros*** y no quisimos desaprovechar la ocasión para platicar con ella sobre lo que ha llegado a descubrir y comprender de la situación de las mujeres en América Latina y sus perspectivas en el futuro.

Alicia, sabemos que en los últimos años te has dedicado a estudiar la situación de la mujer en América Latina con el objeto de responderte si, a partir de una caracterización de las mujeres como movimiento social, se podría pensar en el advenimiento de cambios que deriven en un mayor desarrollo y una mejor condición de la mujer en el mundo mexicano y latinoamericano. ¿Cómo es el panorama que encontraste?

Hablar de la condición de la mujer y los movimientos de mujeres que se han generado en las últimas décadas en América Latina siempre es difícil porque estamos hablando de una unidad en un todo heterogéneo. Sin embargo podemos ver claramente tres características que presentan todos los movimientos de mujeres como movimientos sociales. La primera es la heterogeneidad de los grupos de mujeres y la pluralidad de ellos en su conformación y estrategias. No es lo mismo hablar de un movimiento de reivindicación de la identidad femenina entre mujeres indígenas que entre mujeres profesionistas o trabajadoras domésticas. Cada uno de esos movimientos tiene sus propias demandas como movimiento social, pero también en cada uno de ellos podemos observar una integración de intereses específicamente femeninos, de gran heterogeneidad, como ya lo decíamos, pero claramente genéricos.

En Latinoamérica y en México el movimiento de mujeres adquiere un corte fundamentalmente popular, que integró a grandes sectores de mujeres movilizadas inicialmente por demandas de mejoramiento de la vivienda, por ejemplo, que combinaban con otras estrictamente femeninas como la lucha por la afirmación de su autoestima y el respeto a su integridad corporal (la lucha contra la violencia, por ejemplo). Esta base popular sería la segunda gran característica. La tercera es la estrecha relación de los movimientos de mujeres en las coyunturas políticas y sociales de los diferentes países y regiones en el interior de cada nación.

Al analista político clásico este panorama le da una sensación de dispersión, de imposibilidad de representación de una fuerza social que hable de los intereses de las mujeres frente al sistema político. Sin embargo, la teoría feminista ha desarrollado nuevas ideas sobre cómo conformar una fuerza en la heterogeneidad y ha convertido justamente a esta pluralidad en el rasgo esencial de su pensamiento y acción. En los movimientos de mujeres que hemos estudiado observamos claramente que, independientemente de las demandas que les dieron origen, en el proceso social las mujeres viven entre ellas cambios internos de colaboración, de solidaridad, de intercambio y confrontación de historias y experiencias que conducen a lo que denominamos "una afirmación de la autoestima" y de las identidades femeninas.



PROYECTO PARA EL MONUMENTO A LA MUJER EMANCIPADA

¿Qué relación hay entre estos movimientos amplios, de demandas muy disímiles, con lo que identificamos generalmente como feminismo, como movimiento en ocasiones muy radical, eminentemente combativo por los derechos de la mujer, pero muchas veces alejado y rechazado por grandes sectores de la opinión pública?

Es cierto lo que dices, la opinión pública ha sido muchas veces reticente al movimiento feminista. Sin embargo cada día esto tiende a desaparecer. La opinión pública mexicana en la medida en que se ha ido enriqueciendo, en que maneja mayor información y tiene mayor capacidad de debate, ha incrementado no sólo su aceptación, sino también su interés sobre la problemática femenina. No obstante, todavía ha quedado un estereotipo de lo que significa feminismo, como algo agresivo, de lucha contra los hombres, conformado por libertinas y una serie larga de epítetos y prejuicios. No del todo carentes de razón, pues tenemos que pensar que el feminismo, como cualquier otro movimiento social que emerge de sectores de la población en condiciones de subordinación (llámense indígenas, negros, jóvenes, etcétera), empieza hablando en voz alta, por momentos gritando. Si no lo hacen así es difícil que se les escuche, al menos en un primer momento. Este primer momento del feminismo lo podemos ubicar desde los años sesenta hasta iniciada la década de los ochenta. Es una época de denuncia, de indignación, de negación de lo que se vivía. A partir de los ochenta el tema de la mujer se desataniza en la opinión pública y también en los medios académicos. Las mujeres han ganado lugares en las tribunas políticas y gubernamentales y ya no cualquiera se anima a desacredi-

tar sus demandas y negar su participación. Más que a denunciar, las mujeres se dedican ahora a pensar y a experimentar formas para solucionar sus demandas. Es una etapa a la que hemos llamado propositiva, en donde se tiene ya proyección social, en el sentido de que se han llegado a modificar y reformar, por ejemplo, leyes del código penal relacionadas con algunos aspectos de la violencia ejercida contra las mujeres y los niños. En este sentido es interesante la experiencia en toda América Latina de las "defensoras populares", cuyo trabajo, como organizaciones no gubernamentales, es acercar el cumplimiento de las normas jurídicas a la costumbre social, que muchas veces se erige como obstáculo de los derechos humanos de las mujeres.

¿Qué influencia tiene la clase social en el desarrollo de los movimientos feministas?

El movimiento feminista es un movimiento transclasista o pluriclasista cuyas demandas son diferentes, según la clase social de donde provengan. Por ejemplo, las mujeres profesionistas que a nivel general podemos ubicar como clase media, lanzan básicamente dos tipos de demandas: primero, la afirmación de sus derechos al ejercicio pleno de la profesión, y segundo, más allá del campo de trabajo, la capacidad propositiva y de dirigencia que pueden tener en las diferentes instancias del sistema político y social.

En cuanto a la clase alta, no es fácil distinguir la movilización de las mujeres. En los estudios que tenemos encontramos que las mujeres de este nivel han luchado fundamentalmente por la afirmación de la ciudadanía; especialmente en la ciudad de México estas mujeres están vinculadas al panismo y se dedican a promover la participación ciudadana femenina, la formación de opinión pública, la defensa de los derechos cívicos, etcétera.

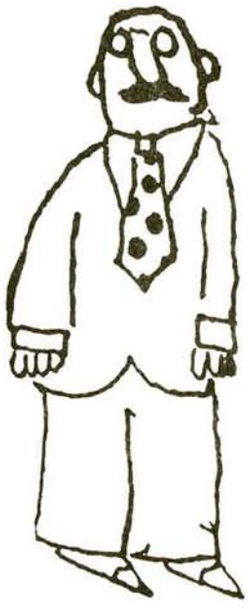
Por otro lado, muchas mujeres de estratos altos, especialmente vinculadas con las ciencias humanas, han generado hermosas novelas en las que se reflexiona sobre la vida desde una mirada femenina.

En los estratos pobres de la población las demandas de las mujeres tienden fuertemente a la solución de problemas sociales muy inmediatos y participan activamente también en la movilización de la democracia, justamente igual que las antes mencionadas del PAN, promoviendo actitudes en defensa del voto, responsabilidades ciudadanas, invitando a otras mujeres a cumplir con sus deberes públicos, entre otras actividades.



¿Cuáles son en tu opinión los rasgos comunes de las mujeres, independientemente de su clase social?

Creo que podría hablarse de dos rasgos básicos. Primero, tener un cuerpo de mujer. ¿Qué significa tener un cuerpo de mujer? Podría tener implicaciones puramente anatómicas y biológicas, pero no es así, en el cuerpo de la mujer la sociedad determina muchas cosas. Tomemos por ejemplo las tecnologías para el control de la natalidad. La inmensa mayoría de las técnicas hasta ahora investigadas y puestas en práctica tienden a regular el control natal controlando el cuerpo de la mujer y no el del hombre, lo cual debería parecernos extraño puesto que el hombre puede ser fértil los 365 días del año, durante 40, 50 o hasta 60 años. En cambio la mujer lo es sólo 36 días al año aproximadamente y no más de 30 años. Por lo que podemos ver no es una cuestión biológica sino cultural la que determina cuál es el cuerpo que debe ser controlado, y esto es igual para toda mujer, no importa su clase social o nivel cultural.



Otro rasgo común es que la mujer no se separa nunca de la cotidianidad. Podrá ser primer ministra, ejecutiva o financiera, podrá ser gobernadora o laborar ocho o diez horas en una fábrica, y una parte de ella siempre estará pensando en la solución de los problemas mínimos de la vida diaria de su familia y en ocasiones de su comunidad.

Es decir que tiene la capacidad de producir mucho o tomar grandes decisiones y al mismo tiempo proveer lo necesario para el desarrollo de la vida, la capacidad de coordinar vida e historia.

¿Qué implicaciones tiene incorporar la categoría de género para la comprensión de la cuestión de las mujeres?

Llegar al concepto de género es parte del desarrollo del movimiento feminista. Si bien el movimiento comenzó solamente con el análisis de la condición de la mujer y defendiendo justamente el cambio de esta situación, a poco de andar se enfrentó evidentemente con la necesidad de trabajar las relaciones de las mujeres con los hombres, en el plano de pareja y en otros planos, político, económico, laboral, etcétera. La perspectiva que nos da el concepto de género abre esa posibilidad de apertura, ya que por él se está entendiendo la manera en que social e históricamente se conforman identidades de carácter sexual, pero que no se restringen únicamente al comportamiento e inclinación hacia el otro sexo, sino que tienen que ver con un conjunto de pautas, de rasgos culturales, que constituyen identidades sociales e individuales.

El término de género significa un avance, pues en lugar de entender las identidades como esencias determinadas biológicamente, abre la puerta a

una comprensión más compleja y real, no unilateral, que incorpora la realidad y problemática de ambos sexos y su interrelación. La perspectiva genérica traduce el deseo de pensarnos juntos, hombres y mujeres.

Ahora los hombres, la sociedad entera comienza a hacerse la misma pregunta que hace cincuenta años se hizo el feminismo: ¿qué es ser hombre?, y no es una cuestión fácil, porque el hombre siempre se había identificado como el proveedor del sustento y ahí radicaba su virilidad y éxito en la sociedad. Ahora resulta que las cosas han cambiado, que la mujer también provee y en ocasiones aporta mayores ingresos al hogar. ¿Qué le sucede al hombre cuando es "rebasado" en ese o en otros campos por su pareja? ¿Cuál es la imagen que la sociedad devuelve a este hombre? Ciertamente muy subestimada. Y como este ejemplo podríamos citar muchos más.

El caso es que el hombre, frente a estas nuevas relaciones —que le generan desazón— comienza a preguntarse cómo colocarse ante la mujer, qué comportamientos seguir, cómo valorarse a sí mismo. La situación actual del hombre ha hecho que comiencen a darse grupos de autoestima masculinos, cuya existencia sería impensable hace diez o quince años y cuyas reflexiones necesariamente redundan en la aceptación de que el problema genérico no es una lucha que enfrenta a dos sexos, sino una búsqueda conjunta y paralela de formas de existencia que no menoscaben el desarrollo e identidad de unos y otras.

¿Qué beneficios habrá de producir el enfoque de género a la sociedad en su conjunto?

Creo que los beneficios que puede traer este nuevo enfoque son los que produce el desarrollo de la libertad de las personas, es decir, la posibilidad de vincularse entre ellas de manera que ninguna de las dos quede sujeta a los deseos o designios de la otra, sea tanto del hombre sobre la mujer como de la mujer sobre el hombre.

El enfoque de géneros puede llevarnos a un punto de equilibrio, a salir de una situación de incomunicación que prevalece todavía, pero en tanto no termine este momento de incertidumbre que estamos viviendo hombres y mujeres en la relación, ninguno de los dos podrá alcanzar esas cuotas de felicidad que tenemos como pretensión en nuestras vidas.

Ahora, garantizar la comunicación implica escucharse, comprenderse, y esto es difícil porque entra en juego no sólo la persona sino la historia social, por eso es necesario que haya espacios para la reflexión.

Posiblemente en un primer momento los hombres van a tener que reflexionar sobre algunos problemas desde su propio lenguaje y punto de vista y después será factible —hay que tratar de hacerlo— plantear temas comunes que muestren las diferencias entre géneros, las insatisfacciones, estos deseos de realizar tanto de hombres como de mujeres para encontrar una solución, abrirse a una identidad masculina o femenina que no quede atada a los designios que nos impusieron en cuanto a los significados de masculinidad y feminidad, sino desarrollar y mezclar elementos de ambos conceptos hasta encontrar el equilibrio. ♦